

Fedor Ganz

## César Vallejo y la poesía moderna



RTE revolucionario, poesía revolucionaria. Mucho se ha venido divagando sobre tan escabroso tema en lo que va de la revolución rusa a nuestros días de estrangulación de la gran «Commune» española.

Mientras poquito a poco la paz volvía a reinar en Varsovia y otros lugares de nuestra cansada tierra, se han vertido Niágaras de tinta en las mesas de redacción y desencadenados huracanes de elocuencia sobre las tazas de café montparnasianas de ambos hemisferios para definir lo impalpable, catalogar lo incomensurable, para captar en alguna fórmula aquella fuerza mística que estremecē a individuos y masas, los sobrecoge con brutal empuje y los arroja fuera de su propio ser, ante la verdadera obra de arte. ¿Cuál era el arte revolucionario?

Carlos Marx había dejado a sus adeptos un método de interpretación de los hechos económicos e históricos, instrumento temible en manos de quien supiese manejarlo, espada de doble filo—ya que muy a menudo han sabido aprovecharla mejor sus adversarios que los que se proclamaban marxistas—. Pero, salvo alguna que otra alusión a lo largo de su compleja obra—que pocos han estudiado—Marx no dejó ninguna «estética». Los Niágaras de tinta periodística no han suplido esta falta, antes al contrario: fueron estériles. Todo su caudal no bastó para hacer florecer una sola planta, por modesta que fuera, crecida a su amparo. Impotentes las cucharillas que se esgriman en los cafés en

defensa de una y otra tesis, como son la del «arte proletario» o su hijastro el «arte al servicio del pueblo» en contra del «arte por el arte». Aquel ruido ensordecedor no sirve sino a enmascarar insuficiencias mentales, cubrir mercadería averiada, hacer aceptar como Arte y Poesía lo que en el fondo no es sino arte decorativo al servicio del «réclame» que pregona la revolución—o su contrario.—como proclamaría las virtudes de tal o cual hoja de afeitar, de esta u otra tienda de comestibles. Esta humanidad parece pues, hoy como ayer, condenada a ignorar sus valores y enaltecer lo caduco encumbrando a la Mediocridad militante. Nombrada artista a la «Flor de un día» y daba título de poesía a aquella facilidad desoladora que deslizándose por el cauce de la menor resistencia produce vacuidades como Ford automóviles, o, en el mejor de los casos coronaba poeta al talento inculto que, parecido al hombre de los sesos de oro, en el cuento de Daudet, gasta todo su caudal en una grandiosa noche de borrachera quedando mutilado y estéril para siempre.

Y mientras así sucedía pasó entre nosotros, sufrió prisión en el Perú, hambres en París y se fué, herido en su carne y en su alma, un verdadero poeta revolucionario, poeta y revolucionario: César Vallejo.

\* \* \*

La poesía fluye de manantial secreto, enclaustrado en lo más recóndito del Hombre. Para abrirle paso es preciso «perforarse el hueso íntimo». (Xavier Abril, Descubrimiento del Alba). Y, en verdad, se necesita la fuerza de la desesperación, el valor de la Muerte para realizar y repetir tan temible experiencia. La actitud del poeta es la del místico ante Dios. Como él persigue en morada y morada una imposible unión con la esencia divina. El místico y el poeta fueron tallados en el mismo tronco. Arduo es el camino que conduce a la Poesía y ningún mortal—creo yo—lo ha podido recorrer hasta el fin, aunque algunos llegaron muy cerca. «Dadme la palabra justa con el acento justo y moveré

el mundo», decía Vallejo en ciertas noches montparnasianas. Pero el mundo por ahora, sigue su curso.

El poeta lo es, porque sabe abrir las compuertas del Yo interno, proyectar afuera el gran caudal cautivo de su subconsciente, que también lo es de su raza o clase. La psicoanálisis mata la poesía. El poeta es, por definición, un insatisfecho, un no-conformista, un revolucionario si se quiere. En la sociedad perfecta no puede haber insatisfechos, ni a fortiori, subconsciente: en la República de Platón no entran los poetas.

Todo poeta lleva en sí el dolor de una sensibilidad ofendida, la protesta contra un mundo, una sociedad imperfectos. Ese dolor, esa protesta son tan profundos, tan primordiales que no pueden depender de ninguna contingencia política, de ninguna razón de Estado, de partido, de clan o de capilla. Los símbolos que buscan para su expresión, las formas que adoptan, son pues totalmente secundarios; en definitiva carecen de toda importancia. En sus retratos cortesanos, en la misma «Maja desnuda», un Goya es mil veces más revolucionario que todos los pintorzuelos actuales pintando banderas rojas, puños levantados, hoces y martillos. El monárquico Balzac, defensor del feudalismo, realizó la revolución en la Novela. Sólo tres pelos de su barba bastaron al socialista Zola para seguir creando durante toda su vida. Paul Claudel, poeta católico aparece como una fuerza creadora, un gran renovador, al lado de un Aragón, «commis-voyageur» de la Revolución, cuya nulidad como poeta (puede ser un excelente periodista y un buen militante) es aún más evidente desde que se despojó del velo surrealista.

Antiguamente la Religión brindaba un asilo seguro a los que venían a ella maltrechos de sus andanzas por este valle de lágrimas. A ella debemos acaso las emociones más puras, más directas,—para no decir más poéticas,—que encontramos en Jorge Manrique, Santa Teresa, Fray Luis de León, etc. Hoy en día la Religión ha perdido muchos de sus encantos. En estos tiempos de brusca transición son ya muy numerosos los que acuden

a los credos políticos en busca de pasto para sus ansias místicas. Allí también lo encuentran. Pero la nueva Iglesia aún no está acabada de construir. Sus símbolos carecen de la emoción genuina que contienen los mitos cristianos. Lenín y Marx a quienes la presente humanidad conoció en carne y hueso no son comparables en absoluto al Hijo de Dios, engendrado por una paloma. Mucha devoción, al parecer sincera, mucha adoración, no son en este caso, sino el más vil bizantinismo.

Místico y revolucionario, Vallejo logró salvar todos los escollos. Hasta en su martirio guardó su deslumbrante pureza de niño. De un niño no sin amargura, al que la maldad de los hombres hubiera roto su juguete; pero (y ésta es su gran fuerza y al mismo tiempo su tragedia) dotado con la maravillosa facultad de perdonar, de amar al hombre aunque fuera a pesar suyo, como San Francisco de Asís. Como San Francisco, él conoce el secreto—que nosotros perdimos cuando ya no pudimos ser niños—de los animales y las cosas. Sabe hablarles y hacerlos hablar. Así cuando tras largos años llama una noche a la casa paterna:

«Todos están durmiendo para siempre,  
y tan de los más bien, que por fin  
mi caballo acaba fatigado por cabecear  
a su vez, y entre sueños, a cada venia, dice  
que está bien, que todo está muy bien.

(«Trilce» LXI).

o cuando preso, víctima de un error judicial:

«Ah las paredes de la celda.  
De ellas me duele entretanto, más  
las dos largas que tienen esta noche  
algo de madres que ya muertas  
llevan por bromurados declives,  
a un niño de la mano cada una».

(«Trilce», XVIII).

Dos elementos se encuentran y se alían hasta fundirse en vida y obra del poeta; son los mismos que tan armoniosamente se juntan en su rostro, confiriéndole una expresión de singular nobleza: la hidalguía española y la dulzura, la extremada sensibilidad del indio. Primer producto elevado de un mestizaje demasiado reciente tal vez para haber dado ya sus frutos, éste poeta, con Rubén Darío y José María Eguren uno de los más grandes de América, es acaso el más americano de ellos. Dos pasiones—que posiblemente no son sino una sola—alimentan su obra poética: el amor a la Madre y el amor a la Tierra. La llama viva del dolor por la muerte de la madre no se apagó ni en sus últimos años cuando hubo encontrado en Georgette algo como una segunda madre:

... Cómo iba yo a almorzar. Cómo me iba a servir de tales platos distantes esas cosas, cuando habrás quebrado el propio hogar, cuando no asoma ni madre a los labios cómo iba yo a almorzar nonada».

«A la mesa de un buen amigo he almorzado con su padre recién llegado del mundo con sus canas tías que hablan en tordillo retinte de porcelana, bisbiseando por todos sus viudos alvéolos; y con cubiertos francos de alegres tiroriros porque estánse en su casa. Así, qué gracia, y me han dolido los cuchillos de esta mesa en todo el paladar».

«El yantar de estas mesas así en que se prueba amor ajeno en vez del propio amor, torna tierra el bocado que no brinda la

MADRE,

hace golpe la dura deglución; el dulce,  
hieli aceite funéreo, el café».

«Cuando ya se ha quebrado el propio hogar  
y el sírvete materno no sale de la  
tumba,

la cocina a obscuras, la miseria de amor

(«Trilce» XXVIII).

Pero si la suerte le deparó un nuevo hogar—aunque fuera un hogar errante, abrumado por indecibles miserias—no llegaría nunca más a pisar la tierra madre. La vuelta a Santiago del Chuco, su pueblo andino, fué el sueño constante de sus últimos años.

—Me voy a mi América, me dijo en noviembre de 1937, profundamente decepcionado por lo que oía de España.

—Vámonos, le contesté. Y nos pusimos a planear el viaje. Pero a los pocos días se había quebrantado su resolución: no podía abandonar Europa mientras siguiera luchando el pueblo español, mientras quedaran esperanzas de redención... El viaje en aquellos momentos tal vez lo hubiese salvado, pero, impulsado por el sentimiento de algo que le pareció deber, él se quedó... a morir donde nunca se pisa tierra de verdad, donde se pasan los días y los años en el aire, entre músicas y dolores de vientre, en aquel París fantasmagórico de los poetas y de los desterrados políticos que presencié sin comprender el lento calvario y la agonia de César Vallejo

En él habló América, la tierra salvaje y patética de cuyas entrañas ha de brotar una humanidad vigorosa, liberada de lastres seculares. Su voz ardiente, desnuda, despojada de todo adorno retórico, de toda literatura—allí precisamente reside su calidad revolucionaria—resonó en dos continentes sin ser oída. En sus días dominaba en la poesía peruana y cosechaba triunfos José Santos Chocano;—y Vallejo estaba tan lejos de la oratoria

criolla como de aquel falso indigenismo pródigo en «pastiche» mejicanizantes al uso de las caravanas Cook («el indiecito con su llamita») que hoy en día florece por esas tierras.

Entre los primeros en penetrar el profundo significado de esta poesía estuvo José Carlos Mariátegui, el primer y acaso el único marxista americano:

—«Este arte señala el nacimiento de una nueva sensibilidad. Es un arte nuevo, un arte rebelde, que rompe con la tradición cortesana de una literatura de bufones y lacayos. Este lenguaje es el de un poeta y un hombre. El gran poeta de «Los Heraldos Negros» y de «Trilce»—ese gran poeta que ha pasado ignorado y desconocido por las calles de Lima tan propicias y rendidas a los laureles de los juglares de feria—se presenta, en su arte, como un precursor del nuevo espíritu de la nueva conciencia. (José Carlos Mariátegui, «Siete Ensayos»).

Mariátegui vió en la obra de Vallejo la expresión de la nostalgia, el pesimismo indio.

«Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé»

de «Los Heraldos Negros» expresaba la experiencia de la raza, el dolor secular del pueblo indio. Estos golpes, este dolor, el poeta de «Los Heraldos Negros», los hubo de sufrir más tarde en su propia carne. Vivió sus últimos años en el mayor desamparo, acosado por el hambre, perseguido por la policía, abandonado por buena parte de los «amigos». Lo mató la falta absoluta de recursos, hecho brutal y prosaico contra el cual no podía reaccionar este hombre—niño,—de una inconsciencia paradisíaca cuando se trataba de la lucha por la vida. Poco a poco el hambre le iba sacando sus últimas fuerzas. Tal fué su largo martirio, poco espectacular en verdad, pero no por esto menos horrendo.

«Por entre mis propios dientes salgo humeando,  
dando voces, pujando,  
bajándome los pantalones...

Vaca mi estómago, vaca mi yeyuno,  
la miseria me saca por entre mis propios dientes,  
cogido con un palito por el puño de la camisa».

Así escribió en un arrebatado de desesperación. Y sin embargo hacía lo posible para presentar al mundo una fachada más o menos intacta. Incapaz de venderse, incapaz también de pedir ayuda a los amigos, prefería, antes de que lo vieran, recluírse durante semanas y meses en el lóbrego cuarto de un hotel de última categoría comiendo en silencio la media ración de arroz y papas que Georgette preparaba en una lamparilla de petróleo. Sólo algunos íntimos le oyeron aspirar en una ocasión: —Ay, cuánto dinero cuesta el ser pobre...

Con la guerra de España pareció que todo iba a cambiar de repente. La resistencia de los pueblos ibéricos, su magnífico ímpetu (que al parecer suplía la falta de dirección) dió nuevo aliento a Vallejo y lo hizo salir algún poco de su aislamiento. Se rumoraba que la República española le iba a confiar la dirección de su propaganda en América. Vallejo sólo pedía se le dejase obrar con cierta independencia... Esta fué la señal para que una caterva de intrigantes presupuestívoros, que en público le daban el abrazo de Judas, le clavarán en la espalda el alfilerazo de sus calumnias denigrándolo en los salones de la Embajada y en los corrillos de los literatos. Vallejo renunció declarando que no quería «gastarse el dinero del pueblo español». Respuesta no desprovista de valentía en los tiempos en que un Araquistain ostentaba la representación de España.

El poeta volvió a su aislamiento. Durante su tremenda experiencia de militante de vanguardia a la que se había entregado con todo su ser no había escrito un solo poema. Había tenido la sinceridad poco común de quedarse callado cuando nada tenía que decir, cuando todas las fuerzas subterráneas que lo agitaban se hallaban empeñadas en otra gran tarea. Ahora, cuando ya lo acechaba la muerte, Vallejo que siempre se había negado a es-



cribir por escribir, o sea para mantener artificialmente un renombre, defender un interés creado, volvió a coger la pluma. Sus últimos poemas (de los que los mejores aún no se han dado a publicidad) que pude ver poco después de su muerte, por su hondura, su emoción humana, por el vigor revolucionario de su lenguaje vienen a ser la digna conclusión de la obra iniciada en «Los Heraldos Negros».

Pero las hambres y decepciones habían agotado sus resistencias. Una «misteriosa» enfermedad lo atacó. (¡Cuán misteriosa es el hambre para muchos!). Murió un viernes santo—singular coincidencia—rodeado de amigos al parecer,—en realidad más solo que nunca.

---

La trayectoria de su vida fué perfecta. Perfecta la pureza de su obra. Esta perfección, esta misma pureza, que no necesitaban de los puntos y honores de este mundo para alumbrarlo, lo hicieron naturalmente sospechoso a los falsos poetas para quienes el ejercicio de las letras no es sino un pretexto para buscar asilo en las cómodas poltronas ministeriales, lo hicieron sospechoso a todos los fariseos, beneficiarios declarados o encubiertos de la corruptela y a todo el ingente ejército de reserva de los corrompibles. Mientras vivía ellos se desvelaron por atormentarlo, cortarle todos los pasos, arrojarlo fuera del mundo si es posible. Pero apenas muerto, todo cambió. Con superior olfato los gallinazos de por allí y de por acá se abalanzaron sobre el cadáver aún caliente—pero indefenso—despedazándolo piadosamente.

La paz ha vuelto a reinar en Varsovia y en el microcosmos de los literatos. El «arte revolucionario» a ser mera rutina propagandística. Y los mercaderes a sus puestos de compra-venta en el Templo que un momento César Vallejo había dignificado con su presencia.

Y no hay quien dé la voz de alerta.

Y no hay quien recoja el látigo de Cristo.